

PIO IX.
HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA
Y DE LOS VEINTE Y CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU GLORIOSO PONTIFICADO,

con un razonado juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales
de la época,

RELACIONADOS CON EL CATOLICISMO,
Y UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS TRES SITUACIONES DEL MUNDO,
CORRESPONDIENTES AL NACIMIENTO DE ESTE GRAN PONTÍFICE, Á SU ELEVACION A LA SEDE
ROMANA
Y Á LA INVASION DE LA CAPITAL DE LA CRISTIANDAD.

OBRA ESCRITA

POR LOS REVERENDOS

D. EDUARDO MARÍA VILARRASA,

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora
en Barcelona,

Y

D. EMILIO MORENO CEBADA

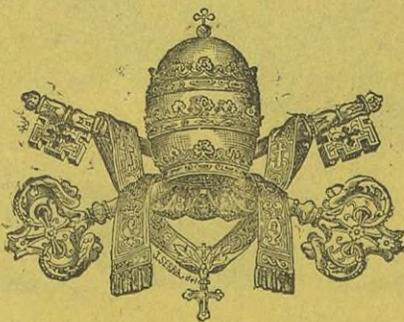
doctor en sagrada Teología :

AMBOS EXAMINADORES SINODALES DE VARIAS DIÓCESIS, Y AUTORES DE ALGUNAS OBRAS
RELIGIOSAS Y CIENTÍFICAS.

ESPLÉNDIDA EDICION

ILUSTRADA CON PRECIOSAS LÁMINAS GRABADAS SOBRE HOJ

REPRESENTANDO LOS ASUNTOS TRATADOS EN LA OBRA.



BARCELONA :
IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
CALLE DE ROSADOR, N.º 24 Y 26.
1872.

Véase el anuncio del dorso.

Entregas 69 y 70.

L47
2882

PLATE IX

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA

Y DE LOS HECHOS QUE LE CONSTITUYERON

EL GRAN HOMBRE

DE SU PAIS Y DE SU SIGLO

DE LA REVOLUCION

DE SU PAIS

D. EDUARDO MARÍA VILLARSA

D. ENRIQUE MOLINO CABRILLO

DE LA REVOLUCION DE 1846

DE LA REVOLUCION DE 1854

DE LA REVOLUCION DE 1868

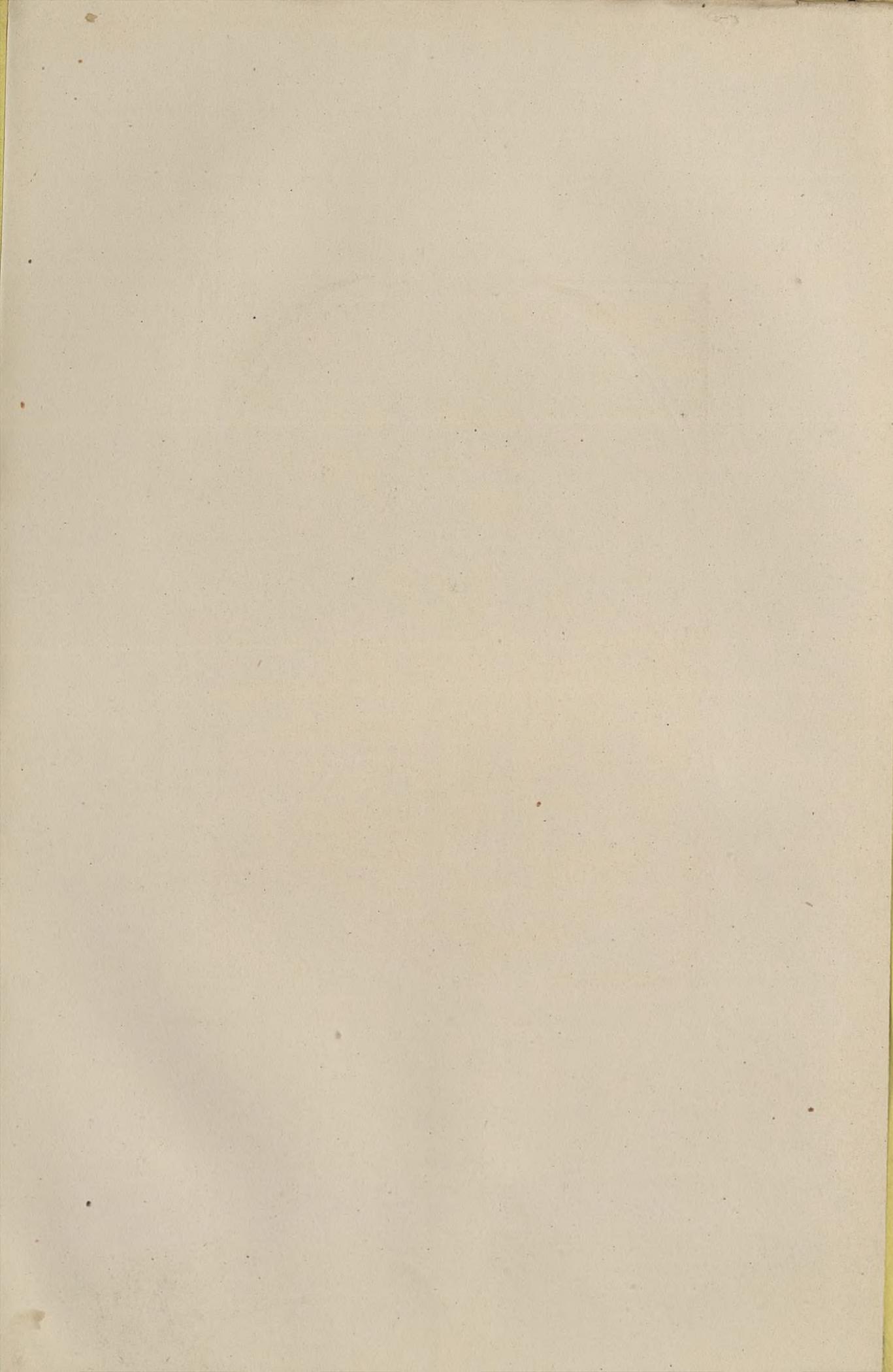
PLATE IX

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA

Y DE LOS HECHOS QUE LE CONSTITUYERON



EXCMO. É ILMO. SR. DR. D. MIGUEL PAYÁ Y RICO,
OBISPO DE CUENCA.





EL GENERAL LAMORICIERE.

fue antiguamente prescrito á Aaron, sumo pontífice de los hebreos: *Toma el incensario, y cogiendo fuego del altar, pon encima incienso, y corre á toda prisa hácia el pueblo para rogar por él, porque ya el Señor ha soltado el dique á su ira y la mortandad se encruellece.* Y asimismo os exhortamos á elevar vuestras súplicas, como las elevaron los santos hermanos Moisés y Aaron, los cuales *se postraron sobre su rostro, y dijeron: ¡Oh fortísimo Dios de los espíritus de todos los hombres! ¿es posible que por el pecado de uno se ha de ensañar tu ira contra todos?* (Num. cap. xvi).

«Á este objeto, venerables hermanos, os enviamos las presentes letras, de las cuales percibimos no poco solaz, y confiamos que vosotros os apresuraréis á responder á nuestros deseos y solicitud.

«Por lo demás, lo confesamos ingénuamente, nosotros, revestidos de la virtud de lo alto, la cual Dios, movido por las súplicas de los fieles, nos enviará, sabrémos antes sufrir cualquier riesgo, cualquiera amargura, que faltar en lo mas mínimo al ministerio apostólico, y admitir algo contrario á la santidad del juramento que Nos prestamos, cuando, bien que inmerecidamente, subimos por la voluntad de Dios á esta suprema silla del Príncipe de los Apóstoles, roca y baluarte de la fe católica.

«Y deseándoos, venerables hermanos, gozo y felicidad en el cumplimiento de vuestro oficio pastoral, con íntimo afecto enviamos á vosotros y á vuestra grey la bendición apostólica, augurio de la celestial bienaventuranza.

«Dado en San Pedro de Roma en el dia 18 de junio del año de 1859, décimo-cuarto de nuestro pontificado.»

Estos documentos, que revelan las virtudes mas hermosas de la soberanía, brillando en el alma de Pio IX, eran referentes á uno de los mas notables períodos de la historia de su Pontificado, del que en los venideros capítulos nos ocuparemos con la detencion que su importancia reclama.

CAPITULO LIV.

GUERRA DE LA FRANCIA É ITALIA COALIGADAS CONTRA EL AUSTRIA. — RELACIONES DE AQUELLA PARA CON LOS INTERESES DE LA SANTA SILLA.

Las declamaciones de Cavour en el congreso de París y las diplomáticas complacencias de la Francia respecto á la política piemontesa, confeccionaron una nube amenazadora que impidió á la Europa gozar de un limpio y sereno firmamento despues de la paz que puso término á la guerra de Oriente. El fin de aquella guerra no fue sino el preámbulo de otra. La Francia, en su anhelo de ser reconocida por la protectora sin rival del derecho, habia sentado que existia un derecho italiano conculcado, lo que equivalia á intimar al Soberano del reino lombardo-véneto que se acercaba el dia en que seria llamado á cuentas por el emperador Napoleon.

Grandes, imponentes preparativos se hicieron en los dos imperios, el austriaco y el francés, desde que se formularon los protocolos del Congreso de París; empezándose, mientras las armas se aprestaban, la guerra diplomática.

La incertidumbre sobre el éxito de una guerra alarma siempre á los políticos; por esto preceden á las tremendas declaraciones de guerra generosos esfuerzos de las naciones neutrales por su posicion ó intereses. La guerra de la Francia é Italia contra el Austria habia de llevar el gérmen de graves y trascendentales acontecimientos; de ahí que las primeras potencias de Europa patrocinaran la idea de discutir pacíficamente en un congreso las delicadas cuestiones que iban á derramar tanta sangre y á producir tantos desórdenes.

Francia quizá se hubiera resignado á ensayar el recurso de un congreso, empero Viena y Turin preferian batirse á discutir. Los piemonteses comprendian que no siempre se les ofreceria la grata ocasion de una alianza ofensiva con el imperio, y sabian que sola seria derrotada cuantas veces al campo se presentara.

«Es imposible den resultado las deliberaciones de las grandes potencias, decía la *Gaceta de Viena*, antes de que se apague la hoguera encendida en Italia por el conde de Cavour. Mientras aquel permanezca en el poder y sea cabeza de Italia, todo lo que se intente será trabajo perdido. Su relevo sería el primer paso de una cordial inteligencia, y en este caso sería necesario que la Cerdeña suspendiera los armamentos y reparara sus faltas revolucionarias. Después de esto podríamos discutir tranquilamente en un congreso.

«El Austria, cuya política en Italia no ha sido jamás un secreto, no vacilará en dar las explicaciones que se le pidan. Los Estados secundarios de la Italia, como todos los Estados secundarios del mundo, necesitan un apoyo. Si este les falta se encuentran en la situación de los Estados de la América del Sur. La posición del Austria le impone el deber de proteger los Estados secundarios de la Italia. Los tratados particulares aseguran á estos la protección del Austria de la misma manera que la Confederación germánica garantiza la protección á los Estados secundarios de Alemania; por esta razón la Inglaterra protege á Portugal, sin que nadie tenga nada que decir.»

Por otra parte el Papa, por medio del cardenal Antonelli, ministro de Estado, se apresuró á declarar que no se sentía dispuesto á reconocer en un congreso político el derecho de arreglar los asuntos interiores del Estado pontificio.

Y así debía ser. Los diplomáticos congregados para el arreglo de los asuntos europeos hubieran debido deliberar en una atmósfera ya de antemano infeccionada; pues, el mismo Napoleón había publicado, por órgano de uno de sus más íntimos adherentes, un folleto, que en aquellos días movió extraordinario ruido, con el título de *Napoleón III y la Italia*, en el que se dejaban traslucir los atrevidos planes de radicales transformaciones que abrigaba el César francés respecto á los dominios y hasta á la Soberanía pontificia.

Y puesto que la alta procedencia de las ideas emitidas en el citado opúsculo le imprimieron toda la importancia de un documento político, cuyas miras se han realizado desgraciadamente, natural es que nos ocupemos algo de él, pues en el mismo se marca el carácter de las relaciones de la guerra contra Austria con la suerte de la soberanía temporal del Papa.

Empezaba el folleto lamentándose del sufrimiento de la Italia «oprimida por fuerzas extranjeras,» sentábase la necesidad de poner fin á la situación violenta de los Estados italianos, para lo cual juzgábase indispensable la anexión de la Venecia y de la Lombardía al Piamonte, la secularización de la administración pontificia, y el establecimiento de una confederación de todos los Estados de la península italiana presidida por el Papa.

El lenguaje de aquel opúsculo era obsequioso respecto á la Santa Sede y acre al referirse á lo que se llamaba revolución, como si no tuvieran el carácter del mayor revolucionarismo las medidas propuestas por el Emperador, bien que de incógnito.

«El Papa, decía aquel opúsculo, se encuentra colocado entre el cumplimiento de dos deberes, y forzado á sacrificar uno de los dos; y como es natural, el deber político es siempre por él sacrificado en aras del deber religioso, posición creada no por Pro IX, sino por el sistema pontificio; no por el hombre, sino por la situación, puesto que la situación impone al hombre la terrible alternativa de inmolar el príncipe al pontífice, ó el pontífice al príncipe.»

El folleto apologiaba la idea de una confederación italiana con Roma secu-

larizada, y teniendo al Papa por presidente honorario de los príncipes confederados. Veía el incógnito pero augusto autor, que «el prestigio de la autoridad pontificia brillaría con mayor esplendor al verse libre de los compromisos inherentes á un gobierno temporal activo.» Creía que el Pontífice se vería mas reverenciado «despues de haber firmado su incapacidad y la del clero para administrar y regir al pueblo,» segun frase de un controversista católico.

No es extraño que en vista del giro que tomaban los asuntos europeos, y para acallar á los que, partiendo de la supuesta impopularidad del Gobierno pontificio, le acusaban de no poder permanecer sin el auxilio de las armas extranjeras, diése Pro IX una prueba de virilidad gubernamental y política declarando á las potencias, que podemos calificar de interventoras, que se creía bastante seguro entregándose y confiándose en el amor de sus súbditos, y por lo tanto, que vería hasta con gusto retirarse de Roma el cuerpo expedicionario francés. El fin, el móvil, el sentido de la solicitud de Pro IX para que se retiraran entonces las tropas extranjeras del territorio romano lo explicó Su Santidad al Colegio de cardenales el dia 1.º de marzo de 1859: «Siento, dijo, que algunos periódicos me atribuyan intenciones y palabras incompatibles con mi carácter de Soberano Pontífice. No he ceñido seguramente la espada de Josué ni la de Gedeon; ni he podido decir lo que algunos pretenden haya dicho, esto es, que me sentia bastante fuerte para defenderme, como lo hubiera asegurado cualquier príncipe seglar y belicoso. Vicario de JESUCRISTO, sé perfectamente que mi carácter es el de la paz; si solicito la retirada de las guarniciones extranjeras es por el temor de que la presencia de estas tropas en algunos puntos de la Iglesia, pueda servir de ocasion ó de pretexto para un conflicto capaz de encender la guerra entre las potencias. Por lo demás, confío plenamente en la bondad de mi causa, en la proteccion de Dios y en los pacíficos sentimientos de la poblacion.»

Pro IX comprendía las amarguras que le esperaban y las complicaciones que la agitacion diplomática iba creando. Aquel mismo dia visitó la iglesia de San Pedro y San Marcelino, y al mirar el milagroso Crucifijo que conservan en aquel edificio las religiosas Carmelitas, exclamó conmovido: *Abba Pater! omnia tibi possibilis sunt; transfer à me hunc calicem; sed non quod ego volo, sed quod tu* (1).

Veía el cáliz lleno de hiel que el Ángel emisario de la Providencia le ofrecía; veíale y le saludaba; comprendía cuanta era su amargura y la aceptaba. No tardó en llegar la declaracion de guerra.

La cristiandad recibió con mucha zozobra su noticia. El instinto mismo revelaba que sus resoluciones afectarían el modo de ser del Pontificado en sus relaciones con los Gobiernos. El triunfo del Piamonte era el de las ideas de Cavour, esto es, el de la secularizacion de los Estados pontificios, el del destronamiento del Papa, el de todas las arriesgadas disposiciones sostenidas en el congreso de París.

La declaracion de guerra fue interpretada por los romanos, que participaban del espíritu de rebeldía infundido por los agentes del Piamonte, como un hecho que les garantizaba la libertad de manifestacion política. Así es que despues de la bendicion solemne dada por el Papa en la fiesta pascual, las

(1) En aquel mismo dia visitó Su Santidad el hospital de San Juan de Letran, y como observara el cadáver de una mujer pobre que acababa de exhalar el último suspiro, detúvose ante él y recitó los responsos y preces *pro defuncta* con admirable edificacion y humildad.

turbas empezaron á vitoriar al conde de Grammont y al general Goyon, es decir, á los representantes de la Francia aliada del Piamonte. El marqués de Azeglio, que entonces residía en Roma, era el director de aquella tumultuaria escena, contra la que el General en jefe de las fuerzas francesas creyó deber protestar, como en efecto enérgicamente protestó; en la orden del día 26 de abril de 1859, decia el conde de Goyon: «Acaban de verificarse algunas manifestaciones pacíficas, pero públicas; sea cual fuere nuestra simpatía por los sentimientos que ellas revelan, no podemos permitir su repetición. Toda manifestación pública es una perturbación del orden, y cualesquiera que sean sus móviles y su bandera obliga siempre á tomar medidas desagradables para los que sufren sus consecuencias... Mi deber, como á jefe de la fuerza pública, es el de auxiliar á nuestro venerable y venerado Pontífice, secundando su Gobierno para que pueda mantener el orden y hacer observar la ley...»

Tristes síntomas eran estos de lo que acontecería el día de la victoria del Piamonte. La zozobra de los católicos estaba plenamente justificada por las agitaciones de Roma, y el *Abba Pater* de Pio IX obtenia eco conmovedor en el corazón de todos los fieles hijos de la Iglesia.

La Romanía abandonada por los austríacos, á causa del cuerpo de ejército francés mandado por el príncipe Napoleón, dieron rienda suelta á las masas turbulentas y proclamaron la dictadura de Víctor Manuel en sustitución del Gobierno paternal de Pio IX. Los soldados piamonteses tomaron posesión de aquellas provincias pontificias. ¿Por qué el Emperador, en vez de permitir que las armas piamontesas ocupasen los puestos abandonados, no envió allí sus soldados, quienes, menos apasionados por la causa italiana y por lo tanto más imparciales, hubieran sin resistencia alguna cedido á su tiempo los ocupados puestos? ¿Por qué los soldados del príncipe Napoleón, esto es, del cuerpo que tenia por misión vigilar los movimientos del ejército austríaco de ocupación, no fueron los que, cumpliendo su consigna aparente, llenaran las vacantes por los austríacos dejadas? ¡Ah, terrible es la responsabilidad que ante Dios y ante la historia contrajo el Emperador francés!

En el secreto de los Gabinetes se habia trazado un plan, del que el público no veía más que los preliminares; empero, la política napoleónica iba preparando todos los detalles y episodios, cuyo resultado final ha sido desastroso para el Soberano Pontífice, para Napoleón, para la Francia, para el Austria y para toda la Europa meridional.

De todos modos, el primer fruto de la guerra para Víctor Manuel fue posesionarse de la Romanía, sin que contra aquel acto viniera la protesta del Emperador, que se decia protector de la causa pontificia.

Semejante síntoma acrecentó la alarma de los católicos, los cuales por la prensa y por todos los medios que á mano la ley les ponía revelaron la congoja que les embargaba.

L'Ami de la Religion como *L'Univers* se hallaban de acuerdo en la apreciación de la gravedad de los acontecimientos y echaban en cara á Napoleón III lo solapado de su política y el poco celo en procurar la conservación de los intereses de la Iglesia. Era tan profunda la mella causada en los ánimos del católico pueblo francés por los elocuentes artículos de la prensa religiosa, que el Gobierno se vió en la precisión de pasar á *L'Ami de la Religion* un comunicado oficial, que copiamos en esta historia por descubrirse en él las in-

tenciones y aviesos proyectos de la política imperial, al paso que el maquiavélico tacto con que procuraba templar la susceptibilidad de los católicos y adormecerlos, para efectuar con mayor desembarazo la premeditada y calculada expoliación.

«*L'Ami de la Religion*, decia el comunicado, en su número del 16 de junio atribuye á la proclama del Emperador al pueblo italiano los recientes movimientos insurreccionales de la Romanía; esta apreciación no es leal ni seria. Mas, como quiera que parece relacionada con la táctica observada por varios periódicos y podría contribuir sin duda á engañar á muchos, se hace necesaria una rectificación.

«La proclama del Emperador, sellada por la alta moderación que es la invariable regla de su política, no ha hecho llamamiento sino al patriotismo y á la disciplina del pueblo italiano; ha repudiado todo intento de *un sistema preconcebido de desposeer los soberanos*.

«Por otra parte el Emperador ha reconocido formalmente la neutralidad de los Estados de la Iglesia.

«Basta recordar esta declaración para esclarecer la opinión pública hasta al punto de poder juzgar por sí misma cuán reprobables son las insinuaciones que tienden á propagar la idea de que la Francia quiere conmovér la autoridad política del Padre Santo, que diez años atrás ella levantó, y que todavía permanece bajo la égida respetuosa de sus armas.»

Naturalmente el Episcopado francés participaba de la alarma y de los temores de la Francia católica, y ya en pastorales fervorosas, en las que se prescribían rogativas para el Padre comun de los fieles, ya en otros documentos doctrinales, en los que se explanaban los derechos de la Iglesia y los graves peligros que corrían, demostraban que la desconfianza iba arraigándose en el ánimo de los pastores. Napoleón III, que nunca desconoció la gravedad de una discordia manifiesta entre el Gobierno y el Episcopado, se apresuró á pedir una circular explicativa de su política.

«Interesa, monseñor, decia en ella, ilustrar al clero sobre las consecuencias de una lucha que se ha hecho inevitable. Mucho se ha comentado, según las pasiones y los diversos intereses, el papel que la Francia va á desempeñar en las actuales circunstancias. El Emperador lo ha meditado ante Dios; y su sabiduría, su energía y su lealtad no defraudarán á la Religion ni al país.

«El Príncipe que ha dado á la Religion tantos testimonios de adhesión y deferencia; el que después de los adversos días de 1848 condujo al Padre Santo al vicariato, es el más firme sosten de la unidad católica, y quiere que el Jefe supremo de la Iglesia *seá respetado en todos sus derechos de Soberano temporal*. El Príncipe que salvó á la Francia del espíritu demagógico no podría aceptar sus doctrinas ni su dominio en Italia.»

Á esta declaración oficial, el criterio sensato de la Francia contestaba con un argumento insoluble; si la Francia, decían los católicos, no quiere amenegar la autoridad política de la Santa Silla ¿por qué permite que á la sombra misma de sus banderas se proclame la dictadura de Víctor Manuel por la Romanía, que es una de las regiones importantes del Estado pontificio? ¿Es Víctor Manuel dictador de la Romanía contra la voluntad del Emperador? En este caso la Francia recibe una injuria mayor que todas las que ha podido inferirle el Austria. ¿Es Víctor Manuel dictador de la Romanía con el consentimiento

del Imperio? Entonces las seguridades del comunicado oficial á *L'Ami de la Religion* son nada mas que el canto de una sirena.

Este modo de arguir es contundente; el Gobierno comprendió el inmenso efecto que producía en la opinion, y por esto trató de borrar las vivas impresiones causadas por aquellos argumentos, insertando en el *periódico oficial* del imperio, la siguiente declaracion.

«Parece que se forman muchos una idea equivocada del carácter que presenta la dictadura de Víctor Manuel ofrecida por todas las partes de la Italia, y que de ella deducen que el Piamonte, sin consultar al voto de las poblaciones ni á las grandes potencias, se propone reunir en un solo Estado á la Italia entera. Semejantes suposiciones están destituidas de fundamento. Las poblaciones libertadas ó abandonadas quieren hacer causa comun contra el Austria. Para ello se han puesto bajo la proteccion del Rey de Cerdeña. Pero la dictadura es un poder puramente temporal, que reuniendo las fuerzas comunes en una misma mano, tiene la ventaja de no prejuzgar ninguna cuestion del porvenir (1).»

Nada tranquilizadora era en el fondo la anterior declaracion, que contenía una indicacion bastante clara del procedimiento que se adoptaría cuando fuese llegada la oportunidad para constituir un Estado único con todos los Estados temporalmente sujetos á la dictadura de Víctor Manuel.

La idea de la absorcion de todos los Estados por el Piamonte no era rechazada; solo se daba la seguridad de que no se llevaría á efecto sin consultar á los pueblos italianos y á los Gabinetes europeos.

Los pueblos mas tarde votaron, empero votaron á la sombra misma del dictador; votaron en las urnas sostenidas por los agentes piamonteses; votaron sabiendo que si votaban en pro de sus legítimos soberanos, el intruso dictador anularía sus votaciones y defendería con las armas sus derechos soñados á convertir en monarquía su atrevida dictadura.

Desde la declaracion del *Monitor* la causa del pontificado y la de los duques italianos pudo darse por perdida. El imperio se declaraba implícitamente solidario de las injusticias del invasor de la Península, que por otra parte debían hacerle muy mal provecho.

El Papa comprendió las dificultades de su situacion, y elevando al cielo los ojos, buscó el auxilio en la cumbre de los montes santos publicando *la enciclica* del 18 de junio de aquel año que nos hemos anticipado á insertar en el anterior capítulo.

Mucha era la tristeza del santo Pontífice al presenciar los escandalosos ejemplos de defeccion y de deslealtad provocados por la intencion del obcecado rey de Cerdeña.

Era el día 16 de junio, aniversario de su advenimiento al trono pontificio, cuando al recibir Pio IX las felicitaciones del sacro colegio, dijo á sus venerables colegas: «Mi corazón reboza de amargura ante los escándalos que se suceden en Italia; *va homini illi per quem scandalum venit*; pero ya la venganza de Dios cae sobre los autores de la revolucion que estalla en mis Estados, con el fin de destruir mi doble Soberanía... Si las piedras preciosas que se hallan incrustadas en mi diadema son otras tantas representaciones de la fidelidad y amor de mis hijos, al verlas desprenderse y caer, debo considerarlas como frágiles ornamentos. Muchos católicos, aun de mis Estados, me abando-

(1) *Moniteur universel*, 23 junio de 1859.

nan, y mi corazón está lleno de amargura y de lágrimas; pero los que siembran lágrimas cosecharán alegría. Esta diadema tan pesada, tan dolorosa de llevar, es también símbolo de un poder que viene de lo alto y contra el cual en vano se irritan los hombres.»

Á una comision de eclesiásticos que fue á visitarle en aquellos dias, dijo con la franqueza que le caracteriza: «El Papa está tranquilo, pero el hombre no es una columna de granito; por esto yo sufro.»

Dos dias despues de haberse Su Santidad dirigido á los preladados del mundo católico, invitándoles á la oracion, celebróse un consistorio secreto en el que historió ante los venerables Cardenales la triste historia de aquellos dias en lo referente á la violenta usurpacion de una notable parte de sus dominios.

Como JESUCRISTO á la vista de Jerusalem lloró un dia sobre ella recordándole el cariño que le habia profesado y las muestras de afecto que se habia complacido en darle, Pio IX lloró especialmente sobre Bolonia; «ciudad, dijo, que habiendo sido objeto de los beneficios de nuestra paternal benevolencia y liberalidad, cuando dos años atrás fuimos á visitarla, no dejó de manifestar y dar pruebas de su veneracion hácia Nos y esta Sede apostólica.»

Dígasenos si este lenguaje es perfecta imitacion del usado por el Redentor cuando decia á Jerusalem: ¡Oh! cuántas veces quise congregar á mi sombra á tus hijos, como la gallina debajo de sus alas congrega á sus polluelos!!! Bolonia como Jerusalem, fue la primera en apedrear á sus Profetas (1).

La alocucion de 20 de junio contiene una reseña detallada de aquellos tristes acontecimientos, por lo que la insertamos en este lugar.

Alocucion pronunciada por nuestro santísimo padre Pio IX en el consistorio secreto de 20 de junio de 1859.

«Venerables hermanos: Al gravísimo sentimiento que lo propio que á todos los buenos nos ha causado la guerra suscitada entre naciones católicas, se añade la profunda afliccion por el deplorable cambio y desórden que en algunas provincias de nuestro territorio pontificio ha ocurrido por la mala influencia y sacrilega osadía de hombres impíos. Ya comprendéis, venerables hermanos, que os hablamos y lamentamos de la desatentada conjuracion de los rebeldes á nuestro sagrado y legítimo gobierno civil y el de esta Santa Sede, de la rebellion que algunos hombres astutos y residentes en las propias provincias nuestras no han vacilado en fraguar, fomentar y poner en práctica no solo en clandestinas y reprobadas reuniones, si que tambien por medio de vergonzosos acuerdos tomados con habitantes de los países limítrofes, ya valiéndose de calumniosos y fraudulentos libelos, ya apelando á las armas extranjerías, ó haciendo uso de cualesquiera fraudes y perversas artes. Y no podemos menos de sentir profundamente que semejante conjuracion fatal haya empezado en nuestra ciudad de Bolonia, que habiendo sido objeto de los beneficios de nuestra paternal benevolencia y liberalidad cuando dos años atrás fuimos á visitarla, no dejó de manifestar y dar pruebas de su veneracion hácia Nos y esta Sede apostólica. El dia 12 de este mes, luego que las tropas austríacas abandonaron impensadamente la ciudad de Bolonia, sin pérdida de tiempo varios hombres conjurados y por demás osados, conculcando todos los

(1) En otro capítulo hemos visto las extraordinarias pruebas de afecto dadas por Pio IX á Bolonia cuando su excursion venturosa por sus Estados.

derechos divinos y humanos y dando libre rienda á la perversidad, no repararon en promover un tumulto, y armar, reunir y hacer avanzar á la guardia urbana, y entrar en el palacio de nuestro Cardenal legado, y allí despues de arrancar el escudo de las armas pontificias desplegaron y fijaron en su lugar la bandera de la revolucion, con grande indignacion y estremecimiento de los ciudadanos honrados que no temian reprobar semejante desafuero y declararse en favor de Nos y de nuestro Gobierno pontificio. Luego los mismos revolucionarios propusieron á nuestro Cardenal legado que se marchase, quien cumpliendo con su obligacion no dejó de resistir á tan depravados intentos, y de sostener y defender nuestra dignidad y los derechos de esta Santa Sede. Y á tal punto llevaron su maldad é impudencia los rebeldes, que no vacilaron en cambiar el Gobierno y pedir la dictadura del Rey de Cerdeña, y con este motivo enviar sus respectivos comisionados á dicho Rey. Así, pues, no pudiendo nuestro legado impedir tantos desafueros, ni presenciarlos y sufrirlos por mas tiempo, de palabra y por escrito protestó solemnemente contra todo lo que los revolucionarios habian hecho contra nuestros derechos y los de esta Santa Sede, y precisado á salir de Bolonia se dirigió á Ferrara.

«Los reprobables acontecimientos de Bolonia se han reproducido con condiciones análogas en Ravena y Perugia y en otros puntos por hombres sediciosos y con profundo sentimiento de todos los buenos, porque no temian que nuestras tropas pontificias, siendo pocas en número, pudiesen reprimir sus ímpetus y resistir á su furor y osadía. En su consecuencia, en las propias ciudades se ha visto conculcada por los revolucionarios la autoridad de las leyes divinas y humanas, y rechazado el supremo poder temporal nuestro y de esta Santa Sede, y dada al viento la bandera de la revolucion, y removido el legítimo Gobierno pontificio, y solicitada la dictadura del Rey de Cerdeña, y nuestros delegados ó inducidos ú obligados á partir despues de protestar públicamente, y por último se han cometido otros muchos actos de rebelion.

«Nadie ignora, empero, lo que esperan siempre con avidez esos audaces enemigos del gobierno temporal de la Sede apostólica, lo que quieren, lo que desean, lo que codician. Todos saben en verdad que por disposicion especial de la divina Providencia entre la multitud y diversidad de los príncipes temporales tambien la Iglesia de Roma ha tenido su gobierno temporal, merced al que el romano Pontífice, supremo Pastor de toda la Iglesia, sin estar sujeto á ningun príncipe, puede ejercer la suprema potestad de apacentar y regir todo el rebaño del Señor, y desempeñar con entera libertad por todo el mundo la autoridad del mismo JESUCRISTO nuestro Señor, y al propio tiempo pagar con mayor facilidad la Religion divina, y atender á las diferentes necesidades de los fieles, y dar los oportunos auxilios á los necesitados y practicar todos los demás bienes que conozca mas convenientes y útiles á todo el pueblo cristiano. Así, pues, los enemigos de los dominios temporales de la Iglesia romana procuran invadir, menguar y destruir el principado temporal de la misma Iglesia y del romano Pontífice, conservado por cierta proteccion celestial, y por la antigua posesion que data de muchos siglos, y por un justísimo y legítimo derecho, y tenido y defendido siempre como sagrado y respetado patrimonio de san Pedro por comun consentimiento de todos los pueblos y príncipes católicos; y procuran destruirlo para que despojada de su patrimonio la Iglesia romana, puedan deprimir y pisotear la dignidad y majestad de la Sede apostólica y del romano Pontífice, y causar con mayor li-

bertad mayores daños á la Religion santísima, y hacerle mas cruda guerra y destruir por completo la misma Religion, si destruirse pudiese. Á esto tendieron y tienden siempre los depravados consejos, maquinaciones y fraudes de aquellos hombres que desean destruir el gobierno temporal de la Iglesia romana, como lo demuestra clara y abiertamente una experiencia diaria y trisísima.

«Por lo tanto, Nos, obligados por el deber de nuestro cargo apostólico y por un solemne juramento, debiendo vigilar en gran manera por conservar incólume la Religion, y defender para que se conserven íntegros é intactos los derechos y los bienes de la Iglesia romana, y vindicar y consolidar la independencia de esta Santa Sede, que es absolutamente inseparable de la utilidad de la Iglesia universal, y por lo tanto debiendo defender el principado que para ejercer la libre administracion de las cosas sagradas en todo el mundo, la divina Providencia lo concedió á los romanos Pontífices; y para transmitirlo íntegro é intacto á nuestros sucesores, no podemos menos de condenar en gran manera, y reprobamos los impropios y malvados esfuerzos y conatos de los súbditos rebeldes, y oponernos á ellos con toda energía.

«Y así, despues que accediendo á lo solicitado por nuestro Cardenal secretario de Estado, reprobamos y detestamos los malvados esfuerzos de semejantes rebeldes en la comunicacion dirigida á todos los ministros y representantes de las naciones extranjeras cerca de Nos y de esta Santa Sede, hoy, venerables hermanos, en esta vuestra solemne reunion, levantando nuestra voz, protestamos con toda la energía de que es capaz nuestro ánimo contra todos los actos que se han permitido los revolucionarios en las citadas ciudades, y en virtud de nuestra autoridad suprema condenamos, reprobamos, rescindimos y abolimos todos y cada uno de los actos que los rebeldes se han permitido así en Bolonia como en Ravena y en Perusa y en otros puntos, contra el sagrado y legítimo principado nuestro y de esta Santa Sede, sea cual fuere el modo con que se hayan realizado estos actos, llámeseles como se quiera; y además los declaramos y calificamos de actos inútiles, ilegítimos y sacrílegos.

«Además, recordamos á todos que los sagrados Cánones, las Constituciones apostólicas y los decretos de los Concilios generales, y especialmente del Tridentino (ses. 22, cap. 11 de Reform.), imponen excomunion mayor y otras penas y censuras eclesiásticas en que, sin necesidad de declaracion especial, incurren todos los que de cualquier modo intenten atacar el poder temporal del romano Pontífice; y por consiguiente declaramos que han incurrido en estas penas eclesiásticas los que en Bolonia, Ravena, Perusa y otras partes se han atrevido con actos reales, consejos, aquiescencia ó de cualquier otro modo, á violar, alterar y usurpar nuestro poder y jurisdiccion temporal y el de esta Santa Sede, y el patrimonio de san Pedro.

«Mientras, empero, para cumplir con nuestro cargo, no sin profundo sentimiento, nos vemos obligados á hacer y publicar esta declaracion, no dejamos de rogar con humildad y fervor al clementísimo Padre de las misericordias que desvanezca la desgraciada ceguera de tantos hijos, para que haga con su poder sin límites que cuanto antes amanezca el apetecido dia en el cual arrepiñtiéndose esos hijos, y volviendo á ser recibidos con alegría en el seno paterno, podamos ver restablecidos en toda la jurisdiccion de nuestro territorio pontificio el órden y la tranquilidad, sin amago de perturbacion al-

guna. Con esta confianza en Dios, abrigamos también la de que los príncipes de Europa, como en otro tiempo, procurarán al presente emplear todos sus consejos y esfuerzos en defender y conservar íntegro el Principado temporal nuestro y de esta Santa Sede, pues á todos y á cada uno les interesa en gran manera que el romano Pontífice goce de plenísima libertad para que pueda atender, como es debido, á la tranquilidad de la conciencia de los católicos residentes en territorios de los mismos príncipes. Cuya esperanza se aumenta por cuanto nuestro hijo carísimo en JESUCRISTO, el Emperador de los franceses, ha manifestado que á pesar de estar en Italia las tropas francesas, no solo no harán nada contra el Gobierno temporal nuestro y de esta Santa Sede, sino que aun lo defenderán y conservarán.»

Cuánta razón asistía al Papa para lamentarse y protestar se comprende considerando que el Gobierno piamontés, al posesionarse de la Romanía, empezó imponiendo silencio á la expresión de los sentimientos religiosos por la prensa católica. El *Observador de Bolonia* y el *Verdadero amigo* fueron suspendidos, y prohibida la introducción de los diarios religiosos extranjeros, hasta de los de la Cerdeña procedentes. Así empezó á reinar la libertad sobre las provincias conquistadas.

Siguió inmediatamente la escena obligada de todas las revoluciones, esto es, la supresión de los Jesuitas. Las casas que la inclita Compañía tenía en Ferrara, Faenza y Forli fueron cerradas y secuestrados sus bienes. Los claustros y las iglesias fueron profanados.

La enseñanza fue sustraída de la inspección de los obispos, y la célebre universidad de Bolonia vió depuesto á su digno y sapientísimo rector y sustituido su claustro respetable por una colección de jóvenes racionalistas. El fuero eclesiástico fue abolido, y todo el orden religioso y moral conmovido y trastornado.

Las tropas enviadas á Rimini quisieron acuartelarse en los conventos y hasta en los templos parroquiales, muchos de los que fueron indignamente profanados. Los miserables invasores tomaron los ornamentos sagrados de la parroquia de San Agustín, y revestidos con las sacerdotales insignias, émulos de los sacrílegos de la primera revolución francesa, parodiaron la celebración de una misa solemne. Introdujeron mujeres desnudas en la iglesia, y un hombre en cueros fue encumbrado en el altar y recibió el incienso de aquellos verdaderos espíritus malignos.

Los templos se convirtieron en lupanares; muchas estatuas fueron mutiladas, rasgados algunos cuadros de incomparable mérito, fusilada la imagen del Santo patron y ¡oh dolor! insultada la santa imagen de María, la Madre de Nuestro Señor.

Sconticata y Montebello presenciaron espectáculos á los de Rimini parecidos.

En Persicatto y en Trebbo el clero fue objeto de especial enojo; en Ravena se arrastró á varios sacerdotes á la cárcel como si fueran criminales; el Vicario general de Faenza fue conducido ante un tribunal de magistrados sin título; en Caena el Gobernador eclesiástico fue herido á garrotazos y apaleado varios canónigos; el Conde de Guidi y el de Pepolini recibieron graves insultos.

En medio de aquella tempestad la voz del cardenal *Viale Prelo* dejóse oír desde su silla arzobispal de Bolonia, para alentar á los soldados de la causa de Dios que, en ocasiones como aquella, lo son todos los verdaderos fieles.

Al observar el Papa que nada hacia el Gobierno de Víctor Manuel para impedir tantos y tan monstruosos desacatos, despidió al conde de la Minerva, que desempeñaba el cargo de representante del Piamonte acerca de la Santa Silla. No creyó digno Pro IX que se conservara á la faz del mundo ni la mas mínima apariencia de concordia con un Rey que olvidaba los primeros deberes del hombre, del cristiano y del monarca.

A fin de que la Europa oficial no pudiera alegar ignorancia ni apoyarse en el silencio del Gobierno de Roma, para excusar su negligencia y descuido en la defensa de los derechos del débil oprimido, mandó Pro IX á Antonelli que remitiese á las potencias extranjeras la siguiente *Nota*:

«Palacio del Vaticano, 12 de julio de 1859.—En medio de los temores y de los cuidados ocasionados por la deplorable guerra actual, parecíale á la Santa Sede que podria estar tranquila despues de las muchas seguridades que habia recibido, seguridades á las que se habia agregado la de que el Rey del Piamonte, por consejo del Emperador de los franceses su aliado, se habia negado á aceptar la dictadura que le habian ofrecido las provincias sublevadas de los Estados pontificios. Pero es muy posible que la realidad sea enteramente distinta, y que á la vista del Padre Santo y de su Gobierno se realicen hechos que hacen cada dia mas incalificable la conducta del Gabinete sardo hácia la Santa Sede, conducta que revela claramente que quiere quitar al Padre Santo una parte integrante de sus dominios temporales.

«Desde la revolucion de Bolonia, de la que Su Santidad tuvo ocasion de lamentarse en su alocucion de 20 de junio, se han reunido en dicha ciudad gran número de oficiales piamonteses procedentes de Toscana ó Módena con el objeto de preparar alojamientos para las tropas piamontesas. De estos Estados extranjeros introdujeron millares de fusiles para armar á los sublevados y á los voluntarios, y cañones para acrecentar el desórden de las provincias sublevadas y dar nueva audacia á los perturbadores del órden.

«Otro hecho que hace completamente ilusoria la negativa de aceptar la dictadura, ha venido á poner el colmo á esta infraccion manifiesta de la neutralidad unida á una activa cooperacion para mantener la sublevacion en los Estados de la Iglesia. El nombramiento del marqués Máximo d'Azeglio en calidad de comisario extraordinario en la Romanía (segun se desprende del decreto de S. A. R. el príncipe Eugenio de Saboya, teniente general de S. M. sardá, fecha 28 de junio, y de la carta del Conde de Cavour que lleva la propia fecha) para dirigir la cooperacion de las Legaciones á la guerra y bajo el especioso pretexto de impedir que este movimiento nacional produzca desórdenes, es una verdadera atribucion de facultades que perjudica á los derechos del soberano del territorio.

«Los acontecimientos han adelantado con tal rapidez, que las tropas piamontesas han entrado ya en territorio pontificio, ocupando á Torte, Urbano y Castelframo, donde han llegado bersaglieri piamonteses y parte de la brigada Real-Navi, todo con el objeto de oponer junto con los sublevados una resistencia enérgica á las tropas pontificias que se han enviado para recobrar el poder usurpado en las provincias rebeldes, y crear nuevos obstáculos á la realizacion de este justo propósito.

«En fin, para completar la usurpacion de la soberanía legítima, se han enviado á Ferrara dos oficiales de ingenieros, uno de ellos piamontés, para minar y destruir dicha fortaleza.

«Tan odiosos atentados, para cuya perpetracion se infringe abiertamente el derecho de gentes por mas de un concepto, no pueden menos de afligir el ánimo de Su Santidad y causarle una profunda y justa indignacion, aumentada todavía con la sorpresa de ver que tales enormidades son obra del Gobierno de un rey católico que habia aceptado el consejo dado por su augusto aliado sobre no admitir la dictadura que se le habia ofrecido.

«Todas las medidas tomadas para prevenir y menguar esta série de males han sido inútiles; por esto el Padre Santo, no olvidando los deberes que le incumben para la proteccion de sus Estados y para la integridad del dominio temporal de la Santa Sede, esencialmente unida al ejercicio libre é independiente del supremo Pontificado, reclama y protesta contra las infracciones y usurpaciones cometidas á pesar de la aceptacion de la neutralidad, y quiere que su protesta se comunique á todas las potencias europeas. Confiando en el espíritu de justicia que las distingue, cree que se dignarán prestarle su apoyo, y no permitirán que logre feliz resultado una infraccion tan manifiesta del derecho de gentes y de la soberanía del Padre Santo. Espera que dichas potencias no vacilarán en cooperar á su reivindicacion, y al efecto solicita su proteccion y su asistencia.

«El infrascrito Cardenal secretario de Estado, en conformidad á la órden pontificia, envia la presente nota á V. E., suplicándole que la transmita á su corte, y aprovecha esta circunstancia para, etc., etc. — G. Cardenal Antonelli.»

Napoleon III pudo ver en el lenguaje del Vaticano la confirmacion de los juicios de la cristiandad sobre su opaca política, y refutada la arbitraria definicion de la dictadura piemontesa inserta en el *Monitor*.

Aquella guerra habia comenzado derribando por completo el principio de autoridad en toda la Península.

Toscana, Módena, Parma, todo hirvió instantáneamente; desde Turin se pegó fuego á la mecha que debia hacer reventar la mina trazada sigilosamente por la política cavouriana debajo las tarimas de las sedes ducales. Sobre las ruinas de los solios secundarios de la Italia se erigia la figura de un agente piemontés. El rey sardo era proclamado instantáneamente como á salvador de las localidades conmovidas.

La insubordinacion de Perucia, preparada como las demás en las antros de la escuela política de Victor Manuel, obligó á las autoridades militares de los Estados Pontificios á defender con las armas la soberanía del Papa. La revolucion fue vencida con admirable facilidad, aunque, como se comprende, fueron necesarias algunas víctimas; necesidad que fue cuna de las principales penas que hubo de devorar el bondadoso corazon de Pio IX.

En el entretanto tronaba el cañon en los campos de batalla, y bien que á costa de enormes pérdidas, la suerte seguia adversa al Austria, cuyos soldados aguerridos tenian ante sí la superioridad del número y la mayor impetuosidad de los jefes. Austria es mas filósofa que guerrera; sus generales se distinguen mas en el cálculo que en el combate, al paso que el ejército francés es temible por la arremetida.

Á cuatro grandes batallas se redujo la guerra franco-italica contra el Austria: Montebello, Palestro, Magenta y Solferino.

La retirada sucesiva de los austriacos fue verificada constantemente en el mayor órden, y todo el mundo creia que el intento del Austria, que se hallaba

muy distante de su extenuacion, era atraer al enemigo al cuadrilátero y obligarle á emprender largos y difíciles trabajos de sitios y asaltos.

Comprendia Napoleon III que era difícil empresa batirse con los héroes austríacos cuando se hallaran estos secundados por las fortificaciones y por la favorable disposicion del terreno; las pasadas victorias le costaban ya millares de víctimas, y la Francia empezaba á preguntarse ¿á qué enviar nuestros hijos al matadero por una cuestion que nos es agena? Un presentimiento fatal agitaba el espíritu del Emperador, quien empezó por sí y ante sí los preliminares de un armisticio que debía ser el prolegómeno de la paz.

No es lugar este para ocuparnos de los detalles y pasos que prepararon el término de aquella campaña. El emperador Francisco José dió en aquella ocasion solemne un insigne testimonio de no tener un carácter sanguinario, pues se resignó á tratar de la paz, precisamente cuando á su adversario la guerra le habria sido mas gravosa.

En la entrevista celebrada en Villafranca por los Emperadores francés y austríaco, á la vista de sus respectivos ejércitos, el primero, que era el que solicitaba la paz, dijo al segundo las siguientes palabras, que entrañaban el espíritu impulsivo, digámoslo así, de su súplica ó deseo. «La revolucion nos arroja; yo la quiero menos que vos. Ambos queremos el sosten de la Autoridad pontificia, porque ambos somos católicos; entendámonos.»

Estas palabras, que en el fondo disonaban completamente de las alianzas con que Napoleon habia ido al campo de batalla, eran sino sinceras, á lo menos explícitas. Verdad es que apenas se explican en los labios del que no se habia desdeñado de alternar con un guerrillero insolente como Garibaldi; pero al fin eran expresion del buen sentido.

Allí se trazaron las bases principales de las conferencias de Zurich; allí se resolvió el acuerdo, admitiéndose en gérmen la confederacion de los Estados italianos bajo la presidencia honoraria del Papa, la confirmacion de la soberanía de los príncipes secundarios de la península, y la separacion completa de las causas de la independendencia de Italia y la revolucion.

La paz fue mal recibida por los partidarios de la revolucion. La prensa anticatólica puso el grito á las nubes protestando contra lo que calificaba de negra traicion del imperio. Napoleon III pudo convencerse de que sus sacrificios inmensos serian desconsiderados por los demagogos y por las sociedades secretas, á las que habia querido satisfacer y contentar. Ellas se habian propuesto devorar todos los tronos, y estaban léjos de temer que por respeto al Pontificado y repugnancia á la revolucion se terminara una campaña de la que tantas cosas esperaban.

La guerra contra el Pontificado empezó entonces mas enérgica y cruel en los periódicos y en las discusiones; el Gobierno francés no ocultó el espíritu de que le convenia al Emperador manifestarse animado, y lo expresó con formas contundentes en el comunicado oficial dirigido al periódico *Le Siècle*, por el Ministro del Interior.

«Al atacar *Le Siècle*, decia el Ministro, al Papado en su poder político y en el dogma de que es la augusta personificacion, confunde la noble causa de la independendencia italiana con la de la revolucion.

«El Gobierno del Emperador debe protestar contra esta suposicion á propósito para exitar las malas pasiones y turbar las conciencias y á falsear la opinion pública sobre los verdaderos principios de la política francesa.

«El respeto y la proteccion del Papado forma parte del programa que el Emperador ha ido á defender en Italia, para asentar allí el órden sobre los intereses legítimos satisfechos...

«Si en Perucia se ha empeñado una lucha dolorosamente deplorable, la responsabilidad debe caer sobre los que han obligado al Gobierno pontificio á hacer uso de la fuerza en su legítima defensa.

«La independendencia política y la soberanía espiritual, unidas en el Papado, le hacen doblemente respetable, y condenan moralmente ataques contra los cuales el Gobierno hubiera podido invocar la represion legal, pero prefiere entregarlos á la justicia de la opinion.»

Preciso es convenir que este lenguaje es mas claro y terminante que el anteriormente usado en los documentos del imperio, y que el de los posteriores documentos no lo ha sido de mucho en este grado.

El Sumo Pontífice recibió la noticia de la paz con la alegría propia de un padre que ve que ya han cesado de reñir y de destrozarse los hijos que ama. Así es que su primera determinacion fue disponer se dirigieran fervientes acciones de gracias al cielo por el beneficio obtenido, aunque mandando se continuaran las plegarias al Altísimo para conseguir la libertad de las provincias romanas cautivas. Hé ahí la carta en la que Pro IX expresaba al cardenal Patrizzi, vicario general de Roma, sus deseos y resoluciones acerca del particular :

«Señor Cardenal: Todo el mundo católico sabe cuáles han sido en la presente lucha en Italia nuestros sentimientos, y que no hemos tenido respecto de Nos otra mira que el restablecimiento de la paz, con cuyo objeto hemos dirigido á todo el Episcopado nuestras letras, invitándole á que hiciesen públicas rogativas para obtener del Dios de la paz un don tan inmenso. Ahora que se ha alcanzado este don, os encargamos que prevengais á los fieles de esta capital del Cristianismo para que asistan á las solemnes acciones de gracias que se ofrecerán al Señor, que se ha dignado poner término al mas terrible de todos los azotes, la guerra. Cualesquiera que sean las consecuencias de esta paz, las esperaremos con calma, confiando siempre en la proteccion que Dios se dignará conceder ahora y constantemente á su Vicario, á su Iglesia y á la conservacion de los derechos de ambos. Por lo tanto, se recitarán las preces ordinarias al fin de la misa, sustituyendo á la oracion *Pro pace* la de *Pro gratiarum actione*. Nuestro deber es dar gracias á Dios por la paz obtenida entre las dos grandes potencias católicas beligerantes; pero es una verdadera necesidad continuar las preces en atencion á que diversas provincias del Estado de la Iglesia se hallan aun bajo el poder de los destructores del órden establecido, y porque en dichas provincias una autoridad usurpadora extranjera proclama en nuestros dias que Dios ha creado al hombre libre de sus propias opiniones, ya políticas, ya religiosas, desconociendo de este modo las autoridades establecidas por Dios sobre la tierra, y á las cuales se debe obediencia y respeto, y olvidando igualmente la inmortalidad del alma que, cuando pase de lo transitorio á lo eterno, deberá dar cuenta especial de sus opiniones religiosas al Juez omnipotente é inexorable, y sabrá entonces, aunque sobrado tarde, que solo hay un Dios y una fe, y que aquel que salga del círculo de la unidad será sumergido en el diluvio de las penas eternas.

«Es por lo tanto indudable que conviene continuar orando á Dios para que se digne en su infinita misericordia restablecer la rectitud del alma y del co-

razon en todos aquellos que han sido arrojados de la senda de la verdad, y alcanzar que lloren, no sobre la matanza imaginaria y falsa de Perusa, sino sobre sus propias faltas y sobre su ceguedad personal. Esta ceguedad ha impulsado en estos últimos dias á una multitud de insensatos, la mayor parte israelitas, á arrojar violentamente de su santo retiro á una familia religiosa, y ha producido otros muchos males que afligen y despedazan el corazon. Pero la oracion es mas poderosa que el infierno, y todo lo que pidan á Dios los que se reunan en su nombre será instantáneamente conseguido. ¿Qué pedirémos? Que se conviertan y vivan todos los enemigos de JESUCRISTO, de su Iglesia y de la Santa Sede.

«Recibid la bendicion apostólica que os enviamos de todo corazon.

«En el Vaticano á 15 de julio de 1859. — El Papa, Pío IX.»

Al propio tiempo que Pío IX cumplia como á Pontífice elevando y haciendo elevar á Dios acciones de gracias por el advenimiento de la paz, ostentaba otra vez la bondad de su alma, amnistiando á cuantos con ocasion de la finida guerra hubiesen tomado las armas contra su causa; hacia mas todavía, «noticioso el Papa, decia *El Diario de Roma* el dia 29 de julio, de que muchos de los que se marcharon á incorporarse en los cuerpos de voluntarios, bien á Toscana, ó bien á las Legaciones y otros puntos, desean regresar á sus hogares y se hallan imposibilitados de ello por escasez de medios, está dispuesto á hacer que su Gobierno les facilite los recursos que necesitan para restituirse al seno de sus familias.»

Hermoso acto, que no fue sin embargo, sino una nueva perla á la brillantísima corona de amor que forma el verdadero distintivo de la soberanía moral de Pío IX, el bondadoso.

Desgraciadamente la paz de Villafranca y el tratado de Zurich, que fue su consecuencia, no llevaron la concordia ni la justicia á los Gobiernos y á los pueblos hondamente divididos y pervertidos. El Piamonte habia jurado burlar todos los rectos propósitos, y la Providencia habia permitido que el grande hombre de Estado de aquel reino tuviese en su talento y en su osadía fuerza bastante para contrabalancear el peso de la Europa sensata.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción, estadística, costumbres, etc. — Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto, representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

No es un viaje puramente recreativo, en que la imaginación del autor entra por mucho, la obra que hoy anunciamos al público; ni es un nuevo diccionario geográfico, ni tampoco una nueva historia de España, mas ó menos exacta, mas ó menos ampliada.

En España se percibe cada día mas la falta de una obra verdaderamente popular que, reuniendo á su baratura la mayor cantidad posible de conocimientos y noticias útiles y necesarias, pueda penetrar desde el mas modesto albergue hasta la mansion mas opulenta, instruyendo y recreando á la vez.

Esta casa, que cuenta con activos y entendidos corresponsales, con viajantes celosos que van recorriendo sucesivamente toda la Península, remitiéndola cuantas noticias y detalles necesita para su objeto, ha encargado la confección de la obra á una escogida *Sociedad de escritores.*

Del mismo modo, y como su objeto ha sido el de armonizar la mayor cantidad de lectura y de grabados con la baratura, primera base para popularizar una obra, sin que le arredraran los obstáculos que á ello se oponían, en las ocho páginas que constituyen su entrega, da, sin contar los grabados que la ilustran, mucha mas lectura que las que generalmente se publican al mismo precio, é infinitamente mas de la que encierran diez y seis páginas de las de cuartillo de real.

Si se tiene en cuenta, y sobre esto llamamos de nuevo la atención del público, que nuestras entregas llevando mucha mas lectura, conteniendo por lo menos uno ó dos grabados intercalados, y con un papel superior, no exceden del mismo precio de las demás que con tanta profusión circulan, fácilmente se comprenderá los sacrificios que nos hemos impuesto y que estamos resueltos á hacer siempre en beneficio del público.

BASES DE LA PUBLICACION.

Esta obra se publica por entregas de 8 páginas en folio menor, de claros y elegantes caracteres, con grabados intercalados en el texto. El precio de cada entrega es el de

medio real en toda España,

repartiéndose dos semanales con objeto de que sea mas fácil soportar su coste á las clases menos acomodadas; pero si la mayoría de los suscriptores lo desea se les podrá duplicar el número inmediatamente.

Puntos de suscripcion.

En Barcelona en casa de su Editor, el Heredero de D. Pablo Riera, calle de Robador, número 24 y 26, librería, y en todas las demás, y centros de suscripcion.

Fuera de Barcelona en casa de todos los Corresponsales de esta casa, atendiéndose igualmente las que avise cualquier otro particular aunque no sea corresponsal, mientras ofrezca garantía. Los señores suscriptores que deseen entenderse directamente con esta casa, pueden enviar el importe del número de entregas que gusten en *Sellos de franqueo, Libranzas del Giro mútuo*, ú otro medio, y les serán remitidas con toda puntualidad.